

# Ni de derechas ni de izquierdas..., sino todo lo contrario

*Javier Ruiz Portella*



*«Derechas» e «izquierdas», esa dicotomía que Ortega tildaba de «hemiplejia moral». «Derechas» e «izquierdas» (y en medio el «centro», esa cosa de evanescentes contornos, ni chicha ni limoná, que algunos consideran la vía regia para disfrutar del poder): he ahí los términos más usados y trillados de toda nuestra vida política; he ahí las palabras mágicas que, pese a tanto estereotipo como encierran, aún despiertan exaltadas pasiones en un mundo que ignora la pasión. ¿Encierran grandes estereotipos?... Sí, pero también otra cosa de mayor importancia aún. Lo que fundamentalmente se encierra ahí es el más colosal de los engaños.*

Un colosal engaño: nada de lo que ambos conceptos significan en nuestro imaginario colectivo tiene nada que ver con la realidad. Ni la izquierda es «el partido de los pobres» (de ese pobre señor, por ejem-

plo, que se llamaba don Jesús de Polanco), ni la derecha —sigamos con las ideas inscritas a fuego en nuestro imaginario— es «el partido de los ricos». De igual modo, la izquierda tampoco es —como pretende— la conspicua defensora de la libertad y apertura de espíritu; ni la derecha, la firme valedora del arraigo en la identidad y la tradición —como ni siquiera ella misma pretende ya.

Lejos de oponerse en cuestiones esenciales, «derecha» e «izquierda» constituyen las dos caras de una sola y misma moneda, las dos facciones que —con algunas riñas y disputas para entretener, diríase, al personal— sostienen políticamente el mundo en el que «ricos» y «pobres» viven, en el fondo, hermanados en lo esencial: convencidos de que el dinero (y la salud, faltaría más) es lo único que importa en la vida. Tal es el paradigma que —realizado en grados diametralmente distintos para ricos, menos ricos, medianos y pobres— cimenta el mundo en el que todos comulgan en la búsqueda del inmediato vivir, en pos de la plácida «felicidad»: ese manso «bien-estar» que, por agradable e indispensable que sea, nada tiene que ver con el «bien-ser»: con la plenitud, la grandeza

o la belleza —esas cosas que ningún político, ni de derechas ni de izquierdas, sabe siquiera en qué diablos puedan consistir. Ninguno de sus «ciudadanos», desde luego, tampoco.

Oigo voces que se alzan airadas... Y les pregunto: ¿es tan distinta la situación en España? Lo parece, es cierto, pero la diferencia sólo atañe a dos cuestiones precisas. Es indudable que nuestro resquebrajamiento nacional se traduce en un enfrentamiento entre la «derecha» y la «izquierda» tan enconado que no se le conoce parangón en ningún otro país de nuestro entorno. Pero si dejamos de lado la cuestión nacional (o más exactamente, el hecho de que desde hace cuatro años el Partido Socialista ha apostado, *de facto*, por la dislocación de España); si olvidamos también esta otra especificidad hispánica: el

cerril anticlericalismo de nuestra izquierda, que nada justifica, pero que encuentra su contrapartida en la vinculación de nuestra derecha con los valores morales y familiares de la Iglesia (y ello en un grado hoy inexistente, salvo quizá en Polonia, en ningún otro país europeo); si dejamos ambos factores de lado, será forzoso reconocer que una

**Lejos de oponerse en cuestiones esenciales, «derecha» e «izquierda» constituyen las dos caras de una sola y misma moneda**

**Ese manso «bien-estar» que, por agradable e indispensable que sea, nada tiene que ver con el «bien-ser»**



*Steve Jobs y Bill Gates: cuando los muy ricos son de izquierdas*

misma visión del mundo es lo que caracteriza —aquí como en todas partes— tanto a la derecha como a la izquierda.

## **El democratismo mercantilista**

Tanto a la derecha como a la izquierda democratistas, quiero decir, pues sólo ellas...

—¡Alto ahí! —me interrumpe un nada amable interlocutor—. ¿De dónde saca esta palabreja: «democratista»? ¿Por qué no dice, como todo el mundo, «la derecha y la izquierda democráticas»?

—Porque no lo son. Porque se llenan constantemente la boca, es cierto, con la «democracia» por aquí, la «libertad» por allí, pero quien marca de verdad el orden de las cosas, quien configura la vida de la gente y ejerce el auténtico poder (*kratos*, se dice en griego) no es el *demos* (el «pueblo»), sino un muy particular ente —y quienes manejan sus resortes. Se trata de un ente muy conocido, que siempre ha existido y debe seguir existiendo; pero al convertirse en la mastodónica fuerza que rige el destino de los hombres, se ha transformado en un monstruo ciego y anónimo (lo rige, dicen sus propios defensores,

¿Le interesa este artículo?

Si encarga la revista (o se suscribe a ella)  
la tendrá mañana mismo en su casa.

Compre aquí el número por sólo **12 €**.

O SUSCRÍBASE aquí: es más económico.

4 números + 1 libro gratis = **39 €**